

Tomasa Brito

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

—¿Te acuerdas de Tomasa Brito?

—Sí, claro que me acordaba... La sola mención hecha por mi hermana de su nombre lejanísimo, descorrían en un instante para mí los cortinajes silenciosos del recuerdo. Era aquella mujercita de **Los Corbones** que servía en la casa de la abuela.

No era una criada de planta sino la eventual persona doméstica que venía siempre cuando ocurría una crisis del servicio o se marchaba alguien importante, o se producía alguno de esos hechos de señalado interés familiar. La presencia suya aparejaba siempre la de lo extraordinario. Estuvo presente en casa cierta misteriosa madrugada en que, después de cuatro varones, vino la anciada nacencia de mi hermana Solina; y el día en que mi primo Rogelio se cayó de lo más alto del naranjo, fracturándose la pierna izquierda; y cuando trajeron al tío Leopoldo de la fonda de Puerto Espejo perforado a balazos y todavía dueño de una jala bíblica; la mañana de oro en que Helio, el primogénito —que solo tenía diecisiete años— se presentó al hogar, muy caripelado, con mujer y todo, acabado de casarse y sin un cristo en qué morir. Mi pobre madre sufrió el soponcio más espectacular de su vida, y el zambo ese de mi hermano como si tal cosa. Menos mal que, como siempre, y como llovida del cielo, Tomasa Brito surgió en el momento preciso y necesario con la pócima de valeriana, como si alguien, de algún modo —prodigiosamente— hubiera ido a su casita de “Los Corbones” a decirle que nosotros estábamos en apuros.

Mínima de estatura y gorda como un tonel, Tomasa lo sabía todo de nuestra gente: desde las penas maternas de la abuela y las dificultades económicas de su viudedad, hasta las penurias de los mozos y sus quere-llas y sus romances, y la dispepsia del tío Delfín, y las coqueterías de Teresa, y la hernia del tío Víctor que tanto le hacía sufrir, y que por ser él la persona de lujo de la familia, se mantuvo siempre como un secreto.

¡Ah, Tomasa incomparable! Con qué cariñoso misterio me guardaba en un rincón de la alacena un platico vedado y almibarado el día trascen-dental en que hacían dulce de breva que era solo manjar de adultos y nos

estaba vedado a los niños. Tenía una hija —Ismenia —gordezuela y saludable como su madre. Pelinegra y pelilacia, chatunga y carirredonda y con unos ojotes de agua y sombra...

Qué larga y aterciopelada melancolía... Qué pena y qué diatancia... ¿Qué se hizo de toda aquella gente? La roja cabellera de la prima Elisa ya no tendrá (¡qué ha de tenerlo!) aquel esplendor de fuego... La hernia de mi tío, lechuguino de la aldea, misterio que fue —la hernia— ya puede saberse sin que nadie se sienta menoscabado. La pierna rota de Rogelio es apenas un episodio de infancia. El matrimonio prematuro de mi hermano mayor con aquella muchacha pálida y moscamuerta que luego sacó las uñas...

Bonito y lejano y abolido. Con el color violeta o azul o desvaído de todo aquello trivial y definitivo que nunca volverá a ser.

—¿Qué decías?

Me sobresalté confusamente. —No, no. Yo no decía nada, hermana... ¿Por qué? Tal vez hablaban otros por mi boca. Así sucede cuando se suscitan antiguas presencias. Definitivamente este es otro mundo. Pregunté como para borrar una impresión penosa:

—Y... bueno. Supongo que te acordarás de Tomasa Brito.

Solina me miró con expresión de reproche.

—Naturalmente que me acuerdo. Olvidar a Tomasa sería como olvidarme de haber nacido pues ella fue quien me recibió en sus brazos cuando llegué al mundo.

—Has dicho una cosa bonita, Solina. Pero a todas estas ¿qué es de Tomasa? Me imagino que habrá muerto ya.

—Pues, no. Allí está, como siempre, en su casita de "Los Corbones".

Me sorprendí de verdad.

—¿Cómo es posible? Hace más de cuarenta años y ella, entonces, tendría por lo menos otro tanto.

Pues era posible a través de una dulcísima sucesión de milagros. Solina me llevó allá para que pudiera verlo todo con mis propios ojos.

Aquello no era ya un camino de vereda para peatones y acémilas como en otro tiempo. Ni era un bosque de altos corbones y pendulares nidos de gulungo. Ni era un ranchito de vara en tierra empañetado con barro y boñiga de los potreros.

Pero sí. Sí que lo era y qué emocionante y maravillosamente. Estaba allí, con sus enchinados y sus tejas de guadua gris. El mismo. En absoluto igual. Habían despejado todo en torno, cerca y lejos, remodelado calles, movido barrancos, arborizado vías. Lo habían cambiado y transformado todo, menos la cabaña.

La cabaña estaba allí, en la mitad de un prado verde, como una casita de muñecas, como un viejo juguete amado en una gran vitrina reluciente.

Había junto a ella una hermosa casa de dos pisos y un concurrido parador. La barda lateral, blanca y reberberante de aquella casa bajo el sol, aparecía festonada en salmón y lila, y se alargaba detrás de la inverosímil, de la vetusta vivienda, como un gran muro amigo, como un brazo extendido, como un marco de protectora claridad. Y allí vivía aún Tomasa Brito.

La casa grande, a su lado, era un próspero negocio con rutilantes mostradores y grandes refrigeradores y níqueles y cobres.

Salió la dueña a recibirnos. Era mínima de estatura y gorda como un tonel.

Era chatunga y carirredonda, con unos ojotes de agua y sombra. Andaría por los cuarenta y cinco años. Tenía el pelo liso y todavía negro, partido por en medio y tensamente cogido atrás. Era la contrafigura de Tomasa Brito y se llamaba Ismenia.

Superstición

Cuando atracamos en la ensenada mansa y apacible, todavía lloviznaba un poco después del recio temporal que había llenado la mañana entera. Estábamos empapados por completo, de la cabeza a los pies. Al tocar tierra sobre la pedregosa orilla, nuestras botas altas, de caucho, produjeron un chapoteo sordo y huero. Las teníamos llenas de agua salada a consecuencia de la fuerte mareta que habíamos tenido que soportar durante más de cuatro horas. Además estábamos hambrientos y transidos de sed. Pero así y todo, nunca nos habíamos sentido tan felices, tan dichosos de vivir, tan llenos del júbilo indecible de volver a pisar con nuestros pies los guijarros y la arena.

Ahora todo me parecía un milagro. La verdad es que habíamos tenido una mañana de verdadera angustia. Zarpamos al amanecer del caserío chocuano de Nuquí con un mar de mal agüero y feo color. Ya a las siete de la mañana la mareta estaba bien agitada y la lluvia no cesaba de caer. Navegábamos de sur a norte, paralelos a la accidentada costa, con la esperanza de cubrir en dos horas y media —conforme al cálculo de los expertos— los cincuenta kilómetros mal contados hasta la bahía de Utría. Pero el motor de la vieja panga *La Tijereta* empezó a toser desagradablemente y al fin se apagó. Quedamos un largo rato a la deriva. El oleaje se hacía cada vez más fuerte y arreció la lluvia. Hacíamos agua y los dos morenos no dejaban de achicarla afanosamente con las totumas. Tratamos de avanzar a canaleta, pero solo había dos a bordo y la violencia del mar anulaba la maniobra.

Teníamos a la derecha, a dos kilómetros de distancia la escarpada costa sembrada de arrecifes y altos cantiles que se extiende entre los poblados riberanos de Tibugá y Jurubidá. Pero no había ni qué pensar en un desembarco de emergencia. La destartalada embarcación se hubiera desintegrado mucho antes de que pudiéramos ponernos a salvo. Hacia las nueve apareció por el lado de alta mar una fila de buefos juguetones y saltarines.

Alguien de los nuestros —éramos cuatro pescadores— dio el informe nada consolador de que la presencia de estos grandes y pacíficos peces, indicaba, también, la presencia de tiburones. Experimentábamos toda una variedad de miedos. El de Hernando era inmóvil y taciturno, como si temiese que el más leve movimiento o el solo hablar entrañara un peligro de naufragio. El de Gustavo era locuaz, tocado de fúnebre humorismo. El de Gabriel era fantasmal —enormes anteojos negros, verdosa palidez— y el mío era pasmado, horrorizado.

¿Cuánto duró nuestra ansiedad? No sé. Una eternidad. Volví a penetrar el agua y los morenos a sacarla. Descubrimos que el tanque metálico de la gasolina estaba poco menos que vacío, y nos desquitamos insultando a los mecánicos por su imprevisión, sin pensar en que la mayor culpa nos correspondía a nosotros mismos.

Bueno, al fin salimos milagrosamente. Cuando pasábamos frente al Morro del Mico, ya a la entrada de la bahía, la aburrida máquina tuvo un último estertor y se quedó muda para siempre. Pero ahora, por fin, tendríamos mar tranquilo. Aquel dulce lago utriano, sereno y hondo dentro de su cerco de montañas.

Era viernes santo y pensamos que a esta hora exacta, en cualquiera de nuestras católicas ciudades, las gentes estarían celebrando en pausado y uncioso andar la procesión de once. Teníamos sed y estábamos empapados como unos náufragos. Pero aun así —felices, creyentes, estremecidos— nos arrodillamos sobre la playa y rezamos.

Gabriel fue el primero en incorporarse. Había una sola palma de coco allí, en la orilla, junto a la playa, con su apretado racimo de “pipas” verdes, y esto era, en tal momento, todo lo que más apetecíamos. Gritó fuerte, para que le oyera mi compadre:

—Oiga, Máximo... dígame al muchachito que nos alcance, volando, siquiera unas cuatro pipas... Estamos que nos morimos de sed...

Pero mi compadre Máximo se escandalizó de solo oírlo:

—¿Cómo se le ocurre, doctor? Hoy es viernes santo... Hoy no se pueden coger cocos. Es un sacrilegio...

Nadie se rió de aquella estúpida superstición, tan difundida en el litoral chocoano. Pero Gustavo, deseoso de saber algo por boca de mi retinto compadre, preguntó con cierta gravedad:

—Pero, cómo así, hombre. ¿Qué pasa si se cogen los cocos en viernes santo?

—¿Que qué pasa, señor? Eh, Ave María, Dios nos libre... Que si se parte una pipa de agua, adentro no se encuentra agua sino la sangre de Nuestro Señor.

Nos abstuvimos de hacer la comprobación experimental. Estábamos sobrecogidos. Vivíamos aquel momento singular bajo la atmósfera, en el clima mismo del milagro...